



LA CALLEJUELA DEL ORO EN EL SIGLO XX

Hacia el comienzo del s. XX los moradores ya estaban bastante familiarizados con las posibilidades comerciales que ofrecía la pintoresca callecita. Para ellos no era ningún secreto que los pintores solían instalar sus caballetes a la entrada de la callejuela para conjurar siempre el mismo panorama para la incipiente industria turística. La Callejuela del Oro se convirtió en motivo principal de la Ciudad Dorada. Cientos y pronto miles de acuarelas y carboncillos comenzaron a irrumpir en salones y salas de estar de aquí y de allá. Incluso pintores renombrados y prestigiosos sucumbieron a la magia del lugar. Los óleos con motivos de la callejuela del pintor checo Antonín Slavíček cobraron reconocimiento generalizado. El pintor de género germano-austriaco Wilhelm Gause ha plasmado en el lienzo una detallada obra maestra fechada en 1914, seguramente realizada durante alguna escala en Praga.

A lo largo de la calle Na Opyši, que se convierte en una especie de mirador sobre la callejuela, se ven cada vez más fotógrafos apostados registrando con sus cámaras esas casitas de muñecas y conservando escenas de ese entonces de la calle para la posteridad. Desde las fotografías y postales antiguas nos contemplan venerables damas de largas

faldas y delantales, y caballeros absortos arrellanados sobre taburetes a ras del suelo, rodeados de mujeres regordetas inclinadas sobre la colada, así como niños revoloteando en los extremos con sus juegos. Como testimonio de días remotos, en las nítidas imágenes siempre aparecen detalles desvanecidos de las fachadas, junto con letreros en esmalte, vigas de madera, tragaluces e infinidad de objetos que alguna vez fueron habituales en la callejuela, como canastas, barreños de lavar y peldaños a modo de tendederos. A cualquier observador romántico le agradará incluso la maleza que brota de los suelos adoquinados en las fotos amarillentas.

Y tras los pasos de los pintores, siguieron poetas y escritores antes de la Gran Guerra, el más conocido de ellos Franz Kafka, que aferró su ancla durante algunos meses en la callejuela. La ahora inexistente casa registrada con el número 6 del lado derecho de la calleja se relaciona con el poeta checo Jaroslav Seifert. Fue allí donde compuso antes de la guerra sus antologías poéticas *Osm dní [Ocho días]* y *Světlem oděná [Vestida de luz]*. El escritor Gustav Meyrink, apasionado por el ocultismo y el misterio, profesó gran fascinación por la callejuela. En su obra maestra *La noche de Walpurga*, el autor ensalza la mítica atmósfera

Wilhelm Gause, *Las casitas de los alquimistas en el Hradschin de Praga*, 1914. Una pintura sumamente valiosa y detallada presenta la Callejuela del Oro dos años antes de que Franz Kafka llegara y se fuera. La casita de los Kafka, hasta entonces usualmente representada en verde, desde entonces se comenzó a pintar de azul celeste. Las entradas del lado derecho posteriormente se eliminaron. En ese entonces, la placa de la casita con el número 23 no contenía un ángel de la guarda sino una madona con el niño Jesús.

LOS ALQUIMISTAS DEL EMPERADOR

En la corte del emperador Rodolfo II en Praga se desempeñaban renombrados astrónomos, como Johannes Kepler y Tycho Brahe. Pero además de estos eruditos pululaban además astrólogos, nigromantes, alquimistas y charlatanes variopintos. Muchos de estos sabiondos eran expertos en hacerle promesas fascinantes al emperador para hacerse con su dinero. Una pócima milagrosa, el elixir de la vida, prometía prolongar largos años la vida terrenal. Por medio de una masa colorada, la piedra filosofal, aseguraban poder transformar cualquier metal en oro. Los alquimistas estaban plenamente convencidos de que podía transmutarse una

substancia en otra aplicando un conocimiento secreto. Era apenas lógico que se creyera en la posibilidad de elaborar oro artificial, en especial porque la palabra «oro» estaba en boca de todos y los rumores sobre fabulosos hallazgos del preciado metal en el Nuevo Mundo caldeaban los ánimos. Semejantes sublimes promesas no eran más que una parte de la alquimia. Sus adeptos se consideraban investigadores absolutos de la naturaleza y hasta podían ufanarse de uno que otro éxito. Así, los maestros del horno de destilación lograron verdaderas y prodigiosas transmutaciones de metales y el (re)descubrimiento de la porcelana. Sería la química



IZQUIERDA, ARRIBA: Símbolos y signos secretos de los alquimistas. • ARRIBA A LA DERECHA: Joseph Léopold Ratinckx, *El alquimista*, ss. XIX o XX. • PÁGINA IZQUIERDA: Jan Matejko, *El alquimista Sendivogius*, 1867. El médico, filósofo y naturalista Sendivogius también sirvió en la corte de Rodolfo II en Praga, donde se dice que logró efectuar en 1604 en presencia del emperador la transmutación de una moneda de plata en oro.

CALLEJUELA DEL ORO, 22 (20)

No. 47
Wolff Ginderman (oder Gunderman)
1 stubl

La disposición de esta casa del s. XVII fue modificada sustancialmente a finales del s. XIX. Entonces se agregó un vestíbulo con una pared nueva y se escopleó una ventana que daba a la callejuela. A través de una puerta de batientes neoclásica se llega a la cámara principal, desde la cual se aprecia

el Foso de los Ciervos y en donde un horno se levanta hacia el contiguo número 21. Detrás de la puerta a la izquierda, desde la entrada una escalera de madera conduce a una diminuta buhardilla que, en tiempos de Kafka, quedaba iluminada a través de una claraboya. Desde aquí se alcanza la chimenea sobre una plataforma sencilla. A través de otra puerta se llega por una empinada escalera de piedra al sótano, que se aboveda en el arco ciego del gótico tardío. En 1916 la casita era propiedad del litógrafo viudo Bohumil Michl, casado desde 1910 con la viuda Františka Roubalová, cuyo apellido de soltera era Šofrová. Aquí también tuvieron lugar



Zde žil Franz Kafka



PÁGINA IZQUIERDA: La casita con el número 22: hoy una librería dedicada a Franz Kafka. ABAJO, la inscripción «Aquí vivió Franz Kafka» [Zde žil Franz Kafka]. DERECHA: Franz Kafka, hacia 1916.



EN ESTA PÁGINA, A LA IZQUIERDA, ARRIBA: Buhardilla de la casita de los Kafka con el número 22. • IZQUIERDA, ABAJO: Escaleras y bóveda del sótano en la casita con el número 22. • A LA DERECHA: Kafka y su hermana Ottla, hacia 1914.

«Ottla a ratos se me antoja como quisiera yo una madre en el fondo: diáfana, veraz, honesta, coherente, humildad y orgullo, receptividad y separación, dedicación e independencia, timidez y valentía en equilibrio inequívoco».

Franz Kafka a su prometida Felice el 19 de octubre de 1916.